

## Puerto Príncipe ¿una ciudad insegura? Notas de una expatriada



Fuente: Laura Moreno Segura. Barrio MorneHôpital, Puerto Príncipe. Junio 2013.

Laura Natalia Moreno Segura

Investigadora y analista en temas relacionados con cooperación internacional, ayuda humanitaria y derechos humanos. Especialista en el estudio de caso haitiano y colombiano. Doctorante en Espacio Público y Regeneración Urbana de la Universidad de Barcelona, Magister en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia y Politóloga egresada de la misma Universidad.

[lauranmorenos@gmail.com](mailto:lauranmorenos@gmail.com).

## Puerto Príncipe ¿una ciudad insegura? Notas de una expatriada

Ese temblor en las piernas desde el minuto cero cuando el avión aún estaba planeando sobre la ciudad, era una sensación de miedo y emoción ante el mundo que se desplegaba bajo mis pies. Ese inexplicable sentimiento que asalta a quienes se encuentran al fin con el momento anhelado, cuando casi se puede palpar un lugar que durante años sólo había sido un lugar imaginado o construido a partir de los relatos y los miedos de otros, de los recuerdos y olvidos ajenos. Mientras me arriesgaba a lanzar algunas miradas sobre lo desconocido desde la ventana del avión, aterrizaba en una ciudad que mezclaba elementos del paisaje de una manera hasta ahora desconocida para mí: unas cuantas manchas verdes de árboles solitarios en medio de calles estrechas o grandes campamentos de desplazados, que desde las alturas eran apenas marcas azules y blancas esparcidas sobre el espacio. No la recuerdo luminosa, por el contrario, al recordar ese instante la veo opaca, un cierto aire gris se posaba sobre ella, quizá el reflejo de las fachadas de sus muros medio en pie, medio caídos; sus calles angostas y llenas de vehículos, que desde las alturas parecían como hilos sin forma por los que pululaban almas presurosas por llegar a alguna parte. Eran las seis de la tarde y mientras la noche caía, mi corazón marchaba presuroso al encuentro con Puerto Príncipe.

No tardaría en cambiarme esa imagen fría, distante y distorsionada de la ciudad que se parecía a las imágenes satelitales de Google Earth en las cuales el trazado de latitudes es perfecto pero la vida de la ciudad es incalculable. Sería necesario descender al suelo, caminar esas calles llenas de vida, entrar a sus casas, comer en sus mesas, atender a sus explicaciones sobre el mundo, encontrar sonrisas inquietas saludándome, escuchar sus ritmos que evocan el legado africano, cuyos tambores invitan a la sensualidad del movimiento. Para comprender a Puerto Príncipe era necesario tocar las puertas de las casas construidas sin seguir ninguna norma arquitectónica, en las que se alojan familias aferradas al milagro de la vida. Sus habitantes no dudaban en ofrecerme una bebida más dulce que la caña de azúcar que se vende en las esquinas y se consume cotidianamente como fuente de energía, trozos de mango o platos de *fritay*.

Siempre me habían dicho que Puerto Príncipe era una ciudad insegura y que por eso una fuerza de paz de las Naciones Unidas (MINUSTAH) se había desplegado allí desde el 2004 hasta la fecha. Tanques militares y cascos azules patrullan la ciudad como si la guerra se pudiera desencadenar en cualquier momento pero las *amenazas* y la *inseguridad* no parecían provenir de un levantamiento de bandas armadas (*gangs*) sino de otros peligros que no se controlan con las armas. Encontré el *peligro* en que la gente se viera abocada a montar mercados sobre las calles ante la ausencia de otras fuentes de recursos económicos. Las calles, sin andenes para



peatones, exhibían carnes de todo tipo sin refrigeración bajo el sol abrazador del Caribe, con un ejército de moscas revoloteando sobre ellas. El peligro tomaba la forma de una bestia gigante en los deslizamientos de tierra que se producen en las laderas de las montañas densamente pobladas; en el desbordamiento de las *ravines* (quebradas y arroyos) que alojan en su centro y en sus bordes viviendas autoconstruidas y toneladas de basuras; en las fuentes de agua no tratada que son utilizadas para el consumo humano; en los problemas respiratorios y digestivos que acaban con la vida de niños diariamente por enfermedades tan curables en nuestros días como la diarrea o el cólera; en los partos que se complican y acaban con la vida de la madre y del recién nacido, pese a haber remunerado a la partera con una suma equivalente al pago del alquiler de una *vivienda precaria*<sup>1</sup> por un año (20.000 gourdes (US\$500)); en el establecimiento y uso de letrinas colectivas que nadie limpia, así que la gente prefiere depositar sus excrementos en las *ravines*, en las laderas de las montañas o en cualquier lugar apartado de la vista de los otros pero no suficientemente lejos como para que la descomposición de los restos no afecte la salubridad de un entorno lleno de asentamientos humanos.



Fuente: Laura Moreno Segura. Barrio Câmpeche, Puerto Príncipe. Mayo 2013.

<sup>1</sup> Dadas las características del medio urbano en Puerto Príncipe, aquí se entenderá por vivienda precaria: ranchos construidos en madera, lata y plástico; hogares en casas de inquilinato; lugares no construidos para residir en ellos pero utilizados con ese fin; viviendas móviles; espacios de una sola habitación con menos de 18 m<sup>2</sup> en el que conviven familias de cuatro o más miembros. La gran mayoría de estos tipos de residencia no cuentan con acceso a los servicios básicos.





Fuente: Laura Moreno Segura. Barrio Càmpeche, Puerto Príncipe. Mayo 2013.

En Puerto Príncipe se despliegan cientos de planes pero ningún orden en común. Allí se experimenta la sensación de estar transitando por un mundo lleno de cortos-circuitos sobre los que difícilmente se alcanza una plena comprensión. Es una sociedad en movimiento permanente, cambiante, con grupos en formación y transformación constante, por ello no es posible establecer una imagen, un trazado estable y definitivo de la ciudad, ni de su sociedad, la cual está definida por acuerdos precarios, órdenes en pugna, proyecto dispersos y desconectados entre sí que no permiten la construcción de un mundo común.

Mi impresión definitiva es que el mundo de los haitianos –desde sus aspectos descomunales hasta sus más simples matices- es una complejidad que no se puede reducir a explicaciones que culpan al sistema capitalista o a las políticas de ajuste estructural como las gestoras del desastre. Estas fórmulas simplistas se sustentan sobre un *metarelato* de la pobreza que nada nos explica de las particularidades y de la complejidad del mundo de los haitianos. Por ejemplo, excluyen de su explicación comportamientos de los haitianos que inciden en sus condiciones de existencia más allá de los dictámenes del Banco Mundial. Sea el caso de su insistencia en construir sus viviendas en el mismo sitio donde una creciente de las quebradas ya las ha arrasado con anterioridad. La percepción haitiana del riesgo es inexistente o, al menos, no explicable en los términos que la ciencia moderna lo evalúa. En el caso de los haitianos, es la



*voluntad de Dios* aquella que rige sus destinos y define quién debe pertenecer al mundo de los vivos o de los muertos, lo cual los exonera de sus responsabilidades y hace innecesaria la toma de precauciones porque “si Dios quiere mi casa no se caerá” aunque la construya en el lugar más expuesto a deslizamientos, inundaciones y desbordamiento de quebradas.

Mientras tanto las autoridades gubernamentales continúan creando entidades encargadas de regular el uso del suelo. Sin embargo, los escasos proyectos que éstas desarrollan ni siquiera alcanzan a rozar las prácticas de construcción en los barrios precarios. Son como dos mundos asentados sobre el mismo territorio pero que no se tocan. Así mismo, los programas de ONGs y agencias de cooperación que se despliegan sobre la ciudad no logran frenar el riesgo, ni reducir la vulnerabilidad, por el contrario, en ocasiones la incentivan. Sea el caso de la entrega de subsidios para el alquiler de una vivienda por un año, el cual se otorga a las familias con la condición de desalojar los campamentos de refugiados establecidos desde el terremoto de 2010 sin garantizarles una vivienda segura para su traslado. Los beneficiarios, obligados a salir del campamento, pues no les queda más remedio si no quieren ser desalojados por la fuerza, reciben el dinero y ante el déficit de viviendas disponibles en la ciudad y el aumento de los precios de alquiler, se trasladan a terrenos deshabitados en las partes altas de las montañas –sea el caso del barrio MorneHôpital- en donde se instalan en una pequeña parcela para levantar su residencia, a pesar de lo inapropiado del terreno y de las restricciones que prohíben la construcción en estas zonas de riesgo.



Fuente: Laura Moreno Segura. Barrio MorneHôpital, Puerto Príncipe. Junio 2013.

Así las cosas, Puerto Príncipe si es una ciudad insegura, pero no porque bandidos (*gangs*) se tomen las calles y secuestren extranjeros, tal como lo advierten los protocolos de seguridad de las ONGs a su personal expatriado, ni tampoco porque mañana se corra el riesgo de una insurrección civil que derroque al gobierno como sucedió en la década de los 90's. Parecía circular en el aire de la ciudad una sensación de miedo que impide manifestar los descontentos. Nadie podía explicar por qué no se protestaba, ni tampoco por qué no existían movimientos organizados por la defensa de los derechos de los "sin-hogar", de los habitantes de los campamentos, de los relocalizados sin un techo seguro, sin servicios básicos y sin empleo. En cambio, en los relatos de la gente se solía mencionar que no deseaban regresar a la situación de zozobra y horror que vivieron en el 2005 cuando las fuerzas de la ONU intervinieron para dismantelar las bandas organizadas que se encontraban principalmente en el barrio Cite Soleil. En aquel tiempo se arrojó el manto de la muerte sobre cientos de civiles, cuya inocencia nunca pudo ser probada o desmentida, pues todo argumento o proceso jurídico se silenció por la fuerza de las armas.

No obstante, en Puerto Príncipe se encuentran más vehículos blindados, tanques y soldados de la MINUSTAH que hospitales o alumbrado público; aún muchos barrios viven en las tinieblas. Incluso, el acceso a servicios públicos no está relacionado necesariamente con la posesión de recursos económicos, pues la conexión a redes eléctricas es muy frágil ocasionando continuos cortes de energía durante el día y la noche, aún en las casas donde habitan personas con capacidad de pago. Algo similar sucede con el abastecimiento de agua en los escasos sectores que cuentan con este servicio. No existe un sistema centralizado que suministre agua a la ciudad, ésta provee de manera intermitente a través de redes limitadas de tuberías, conectadas a pequeñas fuentes de agua no apta para el consumo humano.

Viviendo en Puerto Príncipe era imposible no preguntarme: ¿Cuál es el tipo de seguridad que se promueve en estos lugares del mundo en los que se mueren más niños de fiebre que hombres en enfrentamientos armados?; ¿Cómo estabilizar un mundo donde las conexiones entre actores e intereses son efímeras, frágiles, volátiles? Al ser tan variados los factores que intervienen en la vida de la humanidad ¿por qué los programas llamados de *desarrollo* continúan enfocando sus estrategias a partir de la elección de aspectos aislados, tales como factores "económicos" o "políticos" a los cuales erigen como la causa eficiente del cambio social?

Y pese a todo lo anterior, la vida en Puerto Príncipe continúa en sus calles llenas de algarabía y en las estrategias de sus habitantes para la supervivencia. Por ejemplo, en caso de enfermedad no hay muchas opciones para recuperarse: acudir a un hospital privado siendo el pago de una consulta superior a los ingresos de un mes completo de un haitiano que trabaja en la informalidad o como obrero (entre 700 y 1400 gourdes (US\$16.50 y US\$32.99)); buscar ayuda en una ONG como Médicos sin Fronteras o en las clínicas gratuitas establecidas por la cooperación cubana que les ofrecen atención primaria; asistir a uno de los pocos hospitales públicos que hay en la ciudad, los cuales reciben más enfermos de los que pueden atender y carecen de recursos para tratar adecuadamente a sus pacientes; o simplemente esperar curarse con remedios caseros invocando la voluntad divina.



Frecuentemente no queda más remedio que optar por la "auto-recuperación". Este método se sostiene no sólo en los conocimientos ancestrales, sino que también en una red informal de *farmacias móviles*, por llamarlo de alguna manera, aunque quizá sería más apropiado hablar del *hombre farmacia*. Hay muchos de estos circulando por la ciudad. Ellos cargan un canasto sobre su cabeza –como se cargan casi todos los productos que se comercializan en la calle- provisto de una increíble variedad de fármacos que se venden a módicos precios (15 o 20 gourdes una tableta con 10 pastillas, equivalentes a 0.46 dólares americanos, o una sola dosis con una o dos pastillas por 5 gourdes) y sin ninguna prescripción médica.



Fuente: Laura Moreno Segura. 2013.

Estos canasticos que podrían tacharse de insalubres, sin embargo, son fuentes de vida llena de color para todos aquellos que no pueden pagar los 100 gourdes que cuesta en el mercado formal el mismo medicamento. Una frase usada recurrentemente en creole, que no puedo separar de las imágenes que se guardaron en mis recuerdos sobre Puerto Príncipe, es: "*Degajepa peche*" (arreglárselas no es un pecado).

Ahora, *ad portas* de cumplirse cuatro años del sismo, muchos de los ejércitos extranjeros partirán llevándose consigo los recursos de la cooperación internacional y sus programas de ayuda. ¿Qué ciudad les queda a los habitantes de Puerto Príncipe? Una ciudad fracturada, con mundos colapsando en su interior, pero reproduciéndose y creciendo sin cesar por cuenta de la increíble capacidad de supervivencia y adaptación a las circunstancias de los haitianos.

Los meses que pasé en Puerto Príncipe me sentí en una ciudad habitada por Meidosems, esos seres metafóricos creados por Henri Michaux, que logran reponerse de su aparente fragilidad gracias a la flexibilidad de sus cuerpos. No conservan ninguna forma fija, así que se encuentran en movimiento y transformación permanente y, por ello, consiguen desplazarse a través de los lugares más inhóspitos y las formas más extrañas para continuar viviendo. Siempre van "sobrecogidos, agujoneados, henchidos, endurecidos por sentimientos varios" pero su naturaleza elástica, los hace irrompibles:

" toman la forma de burbujas para soñar, toman las formas de las lianas para conmoverse. (...)Se suben a los árboles. No por las ramas, sino por la savia. La escasa forma fija que tenían, cansadas hasta la muerte, van a perderla en las ramas, en las hojas y el musgo, en los pedúnculos. Ascenso ebrio, suave como jabón penetrando en la mugre. Rápido en la hierbecilla, lentamente en los viejos álamos. Suavemente en las flores. Bajo la ínfima pero fuerte aspiración de las trompas de mariposas, ya no se mueven. Luego descienden por las raíces dentro de la tierra amiga, abundante en tantas cosas, cuando se las sabe coger". (Michaux Henri, Retrato de los Meidosems, 2008).